

Nueva
Biblioteca
de la Libertad
48

MURRAY N. ROTHBARD

HACIA
UNA NUEVA
LIBERTAD

EL MANIFIESTO LIBERTARIO

Traducción de Luis Kofman

Con lógica inexpugnable, Rothbard muestra cómo la filosofía de la libertad permite al ser humano vivir en sociedad, cooperando con sus semejantes en la búsqueda de la felicidad.

En palabras de Fredy Kofman: «La crisis de Hispanoamérica no es económica, sino ética. Aunque su manifestación es material, su raíz es espiritual. Estamos inmersos en una filosofía política deleznable, filosofía que pone al individuo al servicio del Estado, expuesto a la sombra de la coerción. Este libro, intransigente y polémico, afronta sin tapujos tan lamentable situación. La voz de Rothbard se alza clamorosa en defensa de los ideales más elevados del ser humano, ideales que se contraponen y desenmascaran a los principios esclavizantes del colectivismo. Todo amante de la libertad, comprometido con una vida digna, se debe a sí mismo la lectura de esta maravillosa obra».

Como explica Huerta de Soto, «La publicación en 1973 del libro *For a New Liberty* de Murray N. Rothbard marcó un antes y un después en la historia del pensamiento relacionado con la libertad humana. Con el libro de Rothbard el ideario liberal clásico era aplicado hasta sus últimas consecuencias y, refundado sobre las más puras y profundas raíces humanas del derecho natural, eclosionaba en todo un nuevo sistema político, económico y social: el capitalismo libertario, el anarquismo de propiedad privada o, simplemente, el anarcocapitalismo.

»Este “manifiesto libertario” de Rothbard, a la vez que se ha convertido en un verdadero clásico, no ha dejado de ganar un número cada vez más creciente y entusiasta de adeptos tanto en España (al fin y al cabo patria de Don Quijote y de profundas raíces individualistas) como en el resto del mundo.

»En suma, este libro está dirigido a movilizar lo mejor de cada uno de nosotros en pos del avance de la humanidad y de la civilización, y a hacer posible un nuevo futuro lleno de esperanza y de optimismo, que sólo el amor y la fe sin límites en la libertad humana pueden proporcionarnos».

*Para Joey,
siempre la estructura indispensable*

PRESENTACIÓN

La publicación en 1973 del libro *For a New Liberty* de Murray N. Rothbard marcó un antes y un después en la historia del pensamiento relacionado con la libertad humana. Con el libro de Rothbard el ideario liberal clásico era aplicado hasta sus últimas consecuencias y, refundado sobre las más puras y profundas raíces humanas del derecho natural, eclosionaba en todo un nuevo sistema político, económico y social: el capitalismo libertario, el anarquismo de propiedad privada o, simplemente, el anarcocapitalismo.

Hace ahora treinta y cinco años, en el verano de 1977, que leí esta obra de Rothbard que ahora se publica por primera vez en España. Difícilmente podría explicar el impacto que este libro, que literalmente «devoré» en un estado de gran excitación, tuvo sobre mí. De hecho, no podría entenderse mi posterior evolución académica y personal hasta el día de hoy sin comprender que la misma tuvo, como uno de sus principales puntos de partida, este «manifiesto libertario» de Rothbard, a la vez que se ha convertido en un verdadero clásico, no ha dejado de ganar un número cada vez más creciente y entusiasta de adeptos tanto en España (al fin y al cabo patria de Don Quijote y de profundas raíces individualistas) como en el resto del mundo.

En suma, este libro está dirigido a movilizar lo mejor de cada uno de nosotros en pos del avance de la humanidad y de la civilización, y a hacer posible un nuevo futuro lleno de esperanza y de optimismo, que sólo el amor y la fe sin límites en la libertad humana pueden proporcionarnos.

JESÚS HUERTA DE SOTO
Madrid, 17 de febrero de 2013

PREFACIO

Este libro tuvo comienzo cuando el movimiento libertario estaba en su infancia. En la primavera de 1971, yo había publicado en el *New York Times*, en la página opuesta al editorial, un artículo en el que exponía brevemente las ideas del libertarianismo. A la mañana siguiente, quedé sorprendido al recibir una llamada de Tom Mandel, un editor de Macmillan, quien me pidió que escribiera un libro desarrollando los temas del artículo. Mandel presentía que el libertarianismo sería importante en los años venideros y quiso que Macmillan participara en su iniciación.

Tom Mandel resultó ser un empresario perceptivo en el ámbito de las ideas, pues a partir de entonces el libertarismo ha experimentado un enorme crecimiento y se ha vuelto influyente, no sólo como conjunto de ideas y como un real movimiento en la vida estadounidense sino también en la escena internacional. Es gratificante pensar que *Por una libertad nueva* ha desempeñado un papel en este renacimiento y en este ascenso vertiginoso de la libertad. En el mundo académico, el libertarismo ha ejercido particular influencia en la economía y en la filosofía.

La edición original, con tapa dura, del libro *Por una libertad nueva* apareció en 1973, y la edición ampliada, en rústica, fue publicada en 1978, incluyendo nuevos capítulos sobre la tradición libertaria estadounidense y sobre la inflación y los ciclos de los negocios. En esta edición se reedita esencialmente la versión de 1978. De los trabajos que he realizado desde entonces, lo más relevante en cuanto a ampliar o desarrollar las ideas de este libro ha sido *Las éticas de la libertad* (1982, 1983, Humanities Press)

y «La ley de derechos de propiedad y contaminación del aire» (Cato Journal, primavera de 1982), que altera parcialmente y desarrolla mis puntos de vista sobre la ley de contaminación del medio ambiente y la función de la ley en general.

Este libro ha recibido numerosas influencias, en forma de escritos, inspiración personal y debate; tantas han sido que, con excepción del papel crucial que desempeñó Tom Mandel, lo mejor que puedo hacer es simplemente agradecer a todos y no intentar, siquiera en forma indirecta, implicarlos en el resultado. Me gustaría agradecer en particular a aquellas personas que, año tras año, continúan descubriendo este libro y sienten que los inspira para convertirse en libertarios.

MURRAY N. ROTHBARD
Las Vegas, Nevada
Mayo de 1985
Por una libertad nueva^[*]

CAPÍTULO 1

LA HERENCIA LIBERTARIA:
LA REVOLUCIÓN ESTADOUNIDENSE
Y EL LIBERALISMO CLÁSICO

El día de las elecciones de 1978, los candidatos congresales, estatales y locales del Partido Libertario acumularon 1,25 millones de votos en todo el país. Richard Randolph resultó electo para la Cámara de Representantes de Alaska en la boleta del PL, y Edward Clark sumó 377 960 votos para la gobernación de California. Después de que la candidatura presidencial del PL obtuvo 174 000 votos en 32 estados en 1976, la sobria publicación *Congressional Quarterly* se convenció de que había que clasificar al flamante Partido Libertario como el tercer partido político más grande de los Estados Unidos. Su destacable tasa de crecimiento se pone de manifiesto en el hecho de que su inicio recién se produjo en 1971 con un puñado de miembros reunidos en una sala de estar en Colorado. Al año siguiente presentó una boleta presidencial con la que logró participar en las votaciones de dos estados. Actualmente, es el tercero en importancia en los Estados Unidos.

Lo que es aún más destacable, el Partido Libertario logró este crecimiento adhiriendo en forma consistente a un nuevo credo ideológico —el «libertarianismo»—, con lo cual

trajo al escenario político estadounidense, por primera vez en cien años, a un partido interesado en sostener principios, y no simplemente en obtener puestos y dinero en el comederio público. Especialistas y politólogos nos han dicho innumerables veces que la genialidad de los Estados Unidos y de nuestro sistema de partidos consiste en su falta de ideología y en su «pragmatismo» (palabra benévola para designar lo que no es más que el empeño en arrebatarse dinero y puestos de trabajo a los desventurados contribuyentes). ¿Cómo explicar, entonces, el maravilloso crecimiento de un nuevo partido, franca y ávidamente devoto de la ideología?

Una explicación es que los estadounidenses no siempre fueron pragmáticos con menoscabo de la ideología. Por el contrario, en la actualidad los historiadores reconocen que la Revolución Estadounidense en sí misma no sólo fue ideológica sino también el resultado de la devoción hacia el credo y las instituciones del libertarianismo. Los revolucionarios estadounidenses estaban inmersos en el credo del libertarianismo, una ideología que los llevó a resistir al precio de sus vidas, sus fortunas y su sagrado honor las invasiones a sus derechos y libertades perpetradas por el gobierno británico. Los historiadores han debatido durante mucho tiempo las causas precisas de la Revolución Estadounidense: ¿fueron éstas constitucionales, económicas, políticas o ideológicas? Ahora nos damos cuenta de que, como libertarios,^[1] los revolucionarios no veían conflicto alguno entre los derechos morales y políticos, por un lado, y la libertad económica, por el otro. Todo lo contrario; percibían la libertad civil y moral, la independencia política y la libertad de comerciar y producir como partes de un sistema sin tachas, de lo que Adam Smith llamaría, en el mismo año en que se redactó la Declaración de la Independencia, el «sistema obvio y simple de libertad natural».

El dogma libertario emergió de los movimientos «liberales clásicos» de los siglos XVII y XVIII en el mundo occidental, en particular, de la Revolución Inglesa del siglo XVII. Este movimiento libertario radical, aunque sólo tuvo un éxito parcial en su lugar de nacimiento, Gran Bretaña, pudo empero hacer operativa a la Revolución Industrial, liberando a la industria y a la producción de las sofocantes restricciones del control estatal y de los gremios urbanos auspiciados por el gobierno, dado que el movimiento liberal clásico fue, a lo largo de la historia del mundo occidental, una poderosa «revolución» libertaria contra lo que podríamos llamar el Antiguo Régimen —el *Ancien Régime* que había dominado a sus súbditos durante siglos—. En el período moderno temprano, que comenzó en el siglo XVI, este régimen impuso un Estado central absoluto y un rey que gobernaba por derecho divino en la cima de una red antigua y restrictiva de monopolios territoriales feudales, y de controles y restricciones gremiales en las ciudades. El resultado fue una Europa estancada bajo una paralizante red de controles, impuestos y monopolios de privilegios para producir y vender conferidos por los gobiernos centrales (y locales) a sus productores privilegiados. Esta alianza del nuevo Estado burocrático, belicoso y centralizado, con comerciantes privilegiados —a la que los historiadores del futuro llamarían «mercantilismo»— y con una clase de terratenientes feudales dominantes, constituyó el Antiguo Orden contra el cual se levantaría y rebelaría el nuevo movimiento de liberales clásicos y radicales en los siglos XVII y XVIII.

El objetivo de los liberales clásicos fue recuperar la libertad individual en todos sus aspectos. En la economía, se redujeron drásticamente los impuestos, se eliminaron los controles y las regulaciones; la energía humana, la empresa y los mercados quedaron en libertad para crear y producir en intercambios que beneficiarían a todos, y tam-

bién a la masa de los consumidores. Por fin los emprendedores serían libres para competir, desarrollarse y crear. Desaparecerían las trabas impuestas sobre la tierra, el trabajo y el capital. La libertad personal y la libertad civil quedarían garantizadas contra las depredaciones y la tiranía del rey o sus elegidos. La religión, que durante siglos fuera motivo de sangrientas guerras en las cuales las sectas luchaban por el control del Estado, se liberaría de las imposiciones o de la interferencia de éste, para que todas las confesiones –o los grupos no religiosos (ateos, agnósticos)– pudieran coexistir pacíficamente. La paz fue, también, el dogma de política exterior de los nuevos liberales clásicos; el antiguo régimen de engrandecimiento imperial y estatal en busca de poder y riqueza sería reemplazado por una política exterior de paz y libre comercio con todas las naciones. Y como se consideraba que la guerra era engendrada por los ejércitos y fuerzas armadas permanentes, por un poder militar siempre en procura de mayor expansión, este *establishment* militar sería reemplazado por milicias voluntarias locales, por ciudadanos civiles que sólo querrían luchar en defensa de sus propios hogares y los de sus vecinos.

De este modo, la bien conocida cuestión de la «separación de la Iglesia del Estado» fue sólo uno de los muchos motivos interrelacionados que se podrían resumir como «separación de la economía del Estado», «separación de la expresión y la prensa del Estado», «separación de la tierra del Estado», «separación de la guerra y los asuntos militares del Estado»; en realidad, se trataba de separar al Estado prácticamente de todo.

El Estado, en suma, quedaría muy reducido, con un presupuesto sumamente bajo, casi ínfimo. Los liberales clásicos nunca desarrollaron una teoría de la tributación, pero combatían con fiereza cada aumento de impuestos y cada nuevo tipo de impuesto, lo cual en los Estados Unidos se convirtió dos veces en la chispa que llevó, o casi

llevó, a la Revolución (el impuesto al timbre postal y el impuesto al té).

Los primeros teóricos del liberalismo clásico libertario fueron los Levelers^[2] durante la Revolución Inglesa y el filósofo John Locke a fines del siglo XVII; los siguieron los «Verdaderos Whigs»,^[3] u oposición libertaria radical al «Acuerdo Whig» –régimen británico del siglo XVIII–. John Locke planteó los derechos naturales de cada individuo sobre su persona y su propiedad; el gobierno quedaba estrictamente limitado a defender esos derechos. En palabras de la Declaración de la Independencia inspirada en Locke, «para asegurar estos derechos, se instituyen gobiernos entre los hombres que obtienen sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. Que siempre que cualquier forma de Gobierno se hace destructiva de esos fines, es derecho del pueblo alterarlo o abolirlo [...]».

Si bien las obras de Locke eran ampliamente conocidas en las colonias americanas, su filosofía abstracta casi no se tenía en cuenta como motivadora para llevar a los hombres a la revolución. Esta tarea fue realizada por sus seguidores radicales, que en el siglo XVIII escribían de una manera más popular, contundente y apasionada, y aplicaban esa filosofía básica a los problemas concretos del gobierno –en especial, del gobierno británico– de la época. La obra más importante escrita en este estilo fue *Las cartas de Catón*, una serie de artículos periodísticos publicados en Londres a comienzos de la década de 1720 por los Verdaderos Whigs, John Trenchard y Thomas Gordon. Si bien Locke había escrito que la presión revolucionaria podría ejercerse debidamente cuando el gobierno se tornara destructivo de la libertad, Trenchard y Gordon destacaron que el gobierno siempre tendía hacia la destrucción de los derechos individuales. Según *Las cartas de Catón*, la historia de la humanidad es un registro del conflicto irrefrenable entre el Poder y la Libertad, con el Poder (go-

bierno) siempre dispuesto a incrementar su esfera de acción invadiendo los derechos de las personas y usurpando sus libertades. Por lo tanto, declaraba Catón, el poder debe mantenerse reducido y el público debe enfrentarlo con una vigilancia y una hostilidad permanentes, para asegurarse de que se mantenga siempre dentro de sus límites:

Sabemos, por infinitos ejemplos y experiencias, que los hombres poseídos del poder, antes que separarse de él harán cualquier cosa, incluso lo peor y lo más oscuro, para mantenerlo, y casi ningún hombre en la Tierra pudo dejarlo, siempre que le fuera posible llevar adelante todo a su propia manera [...]. Esto parece seguro: «que el bien del mundo, o de su gente, no fue uno de sus motivos para continuar en el poder, o para renunciar a él».

Es propio de la naturaleza del poder estar siempre usurpando y convirtiendo a todo poder extraordinario, otorgado en momentos particulares, y para ocasiones particulares, en un poder ordinario, para usarlo en todo momento, y aun cuando no haya ocasión alguna, nunca se separa voluntariamente de cualquier conveniencia [...].

¡Ay! El poder invade diariamente la libertad, con un éxito demasiado evidente, y casi desaparece el equilibrio entre ellos. La tiranía acaparó casi toda la Tierra y embistió a la raíz y dominio de la humanidad, transformando el mundo en un matadero; y seguramente seguirá destruyendo hasta que se destruya a sí misma o, lo cual es lo más probable, no deje nada para destruir.^[4]

Los colonos norteamericanos recibían con avidez esas advertencias, y las *Cartas de Catón* se reimprimieron varias veces en todas las colonias hasta que se produjo la Revolución. Tal actitud, profundamente asentada, llevó a lo que el historiador Bernard Bailyn ha dado en llamar «libertarianismo radical transformador» de la Revolución Estadounidense, dado que la revolución no fue sólo el primer intento exitoso de los tiempos modernos para liberarse del yu-

go del imperialismo occidental –en esa época, de la mayor potencia del mundo–. Más importante aún es que, por primera vez en la historia, los americanos imponían a sus nuevos gobiernos limitaciones y restricciones materializadas en constituciones y, sobre todo, en declaraciones de derechos. La Iglesia y el Estado fueron rigurosamente separados en los nuevos Estados, y se estableció la libertad de culto. En todos los Estados se eliminaron los restos del feudalismo mediante la abolición de los privilegios feudales por legado o primogenitura. (Por el primero, un ancestro podía haber legado inmuebles a su familia para poseerla siempre, impidiendo que sus herederos vendieran cualquier parte de la tierra; por el segundo, el gobierno exige que el único heredero de la propiedad sea el hijo mayor).

El nuevo gobierno federal formado sobre los Artículos de la Confederación^[5] no podía exigir ningún impuesto del público, y cualquier extensión fundamental de sus poderes requería el consentimiento unánime de todos los gobiernos estatales. Por sobre todo, el poder militar y bélico del gobierno nacional estaba constreñido y era pasible de sospecha, ya que los libertarios del siglo XVIII consideraban que la guerra, los ejércitos permanentes y el militarismo habían sido durante mucho tiempo el método principal de acrecentamiento del poder del Estado.^[6]

Bernard Bailyn resumió así el logro de los revolucionarios estadounidenses:

La modernización de la política y el gobierno estadounidenses durante y después de la Revolución tomó la forma de la concreción repentina, radical, del programa que antes había sido planteado enteramente por la *intelligentsia* opositora [...] en el reinado de Jorge I. Allí donde los opositores ingleses, abriéndose camino en contra de la complacencia social y el orden político, sólo se habían esforzado y habían soñado, los estadounidenses, conducidos por las mismas aspiraciones pero viviendo en una sociedad en